

## JUAN MANTOVANI EN LA PEDAGOGIA ARGENTINA \*

AMERICO GHIOLDI (*La Plata*)

Pocos meses nos separan de la muerte de Juan Mantovani, fallecido en la estación ferroviaria de Colonia, Alemania, y no sólo las crónicas de las publicaciones periodísticas destacan su personalidad de educador, publicista, conferencista y administrador de enseñanza pública, sino que revistas especializadas en estudios pedagógicos de América dieron juicios y estudios sobre sus ideas y obra educacional destacando el perfil de su figura docente y su proyección americana. Circulan en ámbitos universitarios de ambas Américas estudios interpretativos de la posición de Mantovani en el campo de la filosofía de la educación a la que se consagró con severidad intelectual, habiéndose ensayado ya la caracterización crítica de su ubicación doctrinaria y las evoluciones, crecimientos y matices de su pensamiento expuesto en numerosos libros y ensayos. El magisterio vivo de Mantovani cumplido en Universidades y centros de cultura de Argentina y América tanto como su doctrina, le señalan como un educador en el más riguroso y noble sentido del vocablo, pues reunía las formas y condiciones de la mente teórica y la actitud y el ritmo del maestro que frente a los jóvenes y en todas las circunstancias de la vida, no sólo en el ámbito escolar, naturalmente, asume actitudes de comprensión, simpatía, veracidad y amorosa expectativa ante el laboreo de la conciencia en busca de su afirmación en la verdad. El educador escucha, con ansiedad a veces, siempre con esperanza y optimismo, los

---

\* El 5 de diciembre de este año 1961 falleció en Colonia, Alemania, el Profesor Juan Mantovani. La noticia nos sorprendió dolorosamente cuando estaba preparado el presente número de nuestra Revista. Pero sentimos como un deber postergar un tanto su publicación para incluir en la misma un homenaje al gran maestro desaparecido. Concretamos el homenaje por medio de este trabajo del profesor Américo Ghioldi, que con profundo conocimiento de la obra y la persona del más alto representante de la pedagogía teórica argentina, expresa el sentimiento que los colegas, amigos y discípulos del profesor Mantovani experimentan ante una pérdida que consideran irreparable. (*N. de la D.*)

murmurios de la conciencia en trance de formación y los acentos de las voces que en el *sub-alveo* ensayan la articulación de una decisión o de una precisión. Dictaba lecciones de pedagogía en la cátedra y también, por el magisterio viviente que ejerció en todas las instancias; enfrentaba con respeto, alentaba y guiaba con sabia prudencia las plasticidades y los gérmenes ínsitos en la conciencia de los seres que sin cesar, con prisa o sin ella, con pausa o agitadamente, “devienen” en la inacabable duración de los instantes de la vida.

Nació en San Justo, provincia de Santa Fe, el 14 de octubre de 1898, en ambiente rural y sus estudios, realizados primero en la Escuela Normal Rural de su ciudad natal, y proseguídos luego en la Escuela Normal Mariano Acosta de Buenos Aires, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata y libremente en cursos de Filosofía y Letras de Buenos Aires bajo la sugestión y guía de Alejandro Korn y José Ortega y Gasset, son de índole pedagógica, ampliados con estudios filosóficos a los que llega por impulsos de un modo de ver la educación que se expresa ya en su primera juventud. En el ejercicio de la docencia, primaria, secundaria y media, como maestro, profesor y rector, adquiere y desarrolla “el sentido del aula”, sin el cual la capacidad teórica del pedagogo corre riesgos de perder rumbo y equilibrio, diseñando perfectos aunque vagos nefelismos.

Conoce todos los grados de la enseñanza y recorre los escalones de la jerarquía docente, aunque de temprana edad su capacidad reconocida lo lleva a elevadas posiciones, abreviando así los términos de las estaciones necesarias. Desenvuelve y revela aptitudes de administrador y político de la educación al frente de la inspección general de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial de la Nación (1932-38) y desde 1938 a 1941, al frente del Ministerio de Instrucción Pública y Fomento de la provincia de Santa Fe, se destacó por su defensa del magisterio, la promoción de jornadas culturales y enseñanzas artísticas. En las cátedras del Instituto Superior del Profesorado de Buenos Aires, de las Universidades de La Plata y Buenos Aires, La Habana, El Salvador, Costa Rica, Panamá, San Marcos de Lima, Santiago de Chile, Puerto Rico, Montevideo, Caracas, no sólo dicta lección e imparte enseñanza; tiene oportunidad de sentir y comprender la situación espiritual, educacional y social de América Latina que le permitirá ampliar los límites y temas de sus estudios como lo comprueban varios trabajos, entre ellos *La educación popular en América* y la comunicación al Simposio internacional organizado en

1961 por la Universidad de Viena sobre *Idea, forma y misión de las Universidades en los países Latino-americanos*.

Mantovani perteneció a la generación de los "normalistas" argentinos que bajo la tutela de Sarmiento comienza a formarse en el *climax* de 1870. La escuela normal cumple en la Argentina una extraordinaria función cultural e histórica pues promueve la educación elemental con fervor apostólico, intensifica afanes de cultura, asegura la asimilación nacional de los hijos de inmigrantes que en el hogar adoran los dioses nacionales de sus patrias de origen, excita la preocupación cívica en ciudades, pueblos y aldeas, da bases espirituales al ascenso de las capas más humildes de la sociedad, asegura condiciones intelectuales a la capilaridad social por la que las clases sociales notablemente movibles escapan a la estagnación de las clases, hecho que caracteriza la estructura social de pueblos que, como los europeos, no tienen la formación aluvional propia de estas regiones del mundo. El magisterio, los progresos del feminismo, la expansión de la cultura, el desarrollo de los órganos escritos y orales de la opinión pública son fenómenos paralelos que nacen con la formación de la democracia y pueden ser estudiados nítidamente en el reciente proceso histórico del país. El "normalismo" es una expresión de caracterología individual social, educativa e histórica que incluso suscitará en la novelística notas peyorativas. El "maestro normal" ha sido entre nosotros una forma de vida cultural. Pocos trabajaron como él en el intenso proceso de transformación subjetiva de nuestra población. La unidad nacional, puente tendido sobre las divisiones de porteños y provincianos, tiene bases de educación básica suministrados por la escuela primaria, los colegios secundarios y las Universidades. Córdoba y Buenos Aires prepararon las *élites* de abogados y médicos, que con las *élites* militares improvisadas en cuarteles y batallas de la Nación y de las facciones, tuvieron la dirección del poder, hasta que el desarrollo de la técnica y de la educación, el recambio social, las transformaciones del factor poblacional impulsieron la renovación, en cada generación, de las *élites* por proceso democrático.

La escuela popular realiza la renovación social concebida por Sarmiento; su escuela normal crea la especie humana, educativa y social de "los normalistas" con un estilo mental y de vida, confianza ciega en el poder de la educación y creencia iluminista de que los rayos de la razón dispararían el egoísmo, la incompreensión, los prejuicios y los resabios de la barbarie original, o al menos, primitiva.

En Paraná y Buenos Aires se dan inicialmente dos focos del normalismo, con pasión pedagógica y recorriendo senderos metodológicos. En Paraná el normalismo por la obra de Scalabrini y J. Alfredo Ferreyra tomará dirección filosófica según la escuela positivista comtiana, más mencionada que estudiada en profundidad. En Buenos Aires las primeras orientaciones del normalismo son dirigidas por la herencia de Pestalozzi y Herbart, en unos con predominancia de la totalidad pestalozziana, en otros con subrayados intelectualistas herbatianos. Por encima de las escuelas "el normalismo" se forma y caracteriza, dando figuras de relevancia que prueban históricamente la fecundidad metodológica y didáctica, inician con rigor la investigación científica en el campo pedagógico, incorporan la psicología en planes de estudios y en la enseñanza y finalmente, crean la capa primera más sólida y coherente del sistema escolar argentino. La fecundidad pedagógica se prestigia con esas figuras en la escuela primaria; tarde penetra en el secundario, y en los últimos tiempos es considerada una posibilidad en el plano universitario. No es desde mucho tiempo atrás que se habla de pedagogía universitaria.

Al recordar a sus maestros, Juan Mantovani expresó en fecha reciente el reconocimiento de los grandes maestros de la Universidad de La Plata centro destacado de estudios pedagógicos: J. Alfredo Ferreyra, Leopoldo Herrera, Víctor Mercante, Rodolfo Senet, Alfredo D. Calcagno, Alejandro Carbó, José Rezzano, Carlos Rodríguez Echart. Evocó también maestros de materias afines o complementarias como Alejandro Korn, Ricardo Rojas, Arturo Marasso. Entre los maestros de las generaciones anteriores Mantovani tenía reconocimiento por Pablo Pizzurno, educador de Buenos Aires de grandes merecimientos. En nota dirigida en setiembre de 1961 al Director del Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Humanidades, Mantovani después de destacar que en La Plata se creó el primer y principal claustro universitario de estudios pedagógicos recuerda la obra del positivista Víctor Mercante: "El país sabe que Mercante, educador de notable influencia dentro de la dirección científico-positivista en boga durante la época de su actuación — las postrimerías del siglo XIX y las primeras décadas del actual — propugnó con fervor la renovación de la escuela sobre bases científicas. Con él comenzaron las investigaciones psicopedagógicas en San Juan, en Mercedes (Pcia. de Buenos Aires) y después en la Facultad de Ciencias de la Educación de La Plata, la que gracias a su esfuerzo se convirtió en el centro de esas investigaciones cuyo espíritu se propagó por medio de

sus discípulos a distintos lugares de la República. Esta orientación científico-positivista se mantuvo enhiesta hasta la implantación de la Reforma de 1918 en la Universidad. Se transformó entonces de Ciencias de la Educación en Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, y su primer Decano de la nueva etapa, Ricardo Levene — a quien expresamente deseo recordar — impulsó con la colaboración de profesores, graduados y alumnos la reforma de los estudios pedagógicos colocándolos, sin apartarlos de sus bases científicas, dentro de una orientación filosófica. Desde entonces marcha esta alianza y compenetración entre las Ciencias de la Educación y las Humanidades que tanto ha contribuido a enriquecer los estudios afines en el plano de la naturaleza como en el plano del espíritu”.

En el tránsito descrito en el párrafo citado más arriba está dibujada la ubicación de Mantovani en la historia pedagógica del país, pues es una manifestación de la vasta reacción antipositivista que madura hacia 1920, es decir, hacia el término de la primera guerra europea y la iniciación de una reacción cívica en el país producida por la implantación del sufragio libre y la formación de los gobiernos legítimamente representativos. Estalla por entonces la Revolución Rusa recibida con excitaciones y entusiasmo tal como si adviniera la segunda Revolución Francesa, que vivía en el lirismo oratorio heredado del siglo XIX y en la imaginación histórica de las generaciones que con el sufragio se ponían en marcha. El panorama del mundo unido a la crisis económica del 20 con el estallido de rebeldías populares y sangrientas represiones, constituye el fondo histórico de la reacción antipositivista. El utopismo racionalista, la decadencia de la fe en el progreso ineluctable, la crítica a la ciencia que había llegado a la bancarrota final según el grito ultramontano y la aparición de varias formas del intuicionismo y del neohegelismo con manifestaciones en el campo social (tal el sindicalismo soreliano), fluyen en el movimiento antipositivista, del cual el antipositivismo pedagógico es un aspecto sobresaliente y en el que Mantovani es la figura representativa.

Repítese entre nosotros una compleja y confusa situación espiritual semejante a la que describió Benedetto Croce al historiar la mente italiana tras la reacción antipositivista. Diez años de andar a gritos contra el positivismo no ocuparon a Alejandro Korn que hacia el 30 comenta la regresión metafísica y hace un balance valorativo de nuestro positivismo.

En el campo escolar como consecuencia del conocimiento de las escuelas nuevas de Europa y Estados Unidos y de los principios de la nueva educación con sus diversas aplicaciones y técnicas, surgió desordenada reacción antimetodológica que no acertó a concretarse en programas de efectiva superación. También en este campo se debilitó el sentido de las distinciones sin el cual sobrevienen confusión de las ideas y disminución del sentido crítico. La escuela normal fue entrando en decadencia, y el normalismo perdió personalidades y vigencia cultural.

En nombre de la filosofía se trató de arrinconar los estudios pedagógicos, disminuidos en la presentación de planes y programas de estudio, y surgieron una y otra vez voces anti-pedagógicas de variada validez pues, si en unos casos se consideró la pedagogía como una mera técnica de aplicaciones, en otros, de muy distante jerarquía intelectual, en tono que resultaba burlesco, se achacó a Sarmiento, a la escuela popular y al normalismo los males contemporáneos del país.

Los estudios pedagógicos pasaron años difíciles. En nombre del laboratorio o de la reacción metafísica se desjerarquizó el valor pedagógico. En los años difíciles Juan Mantovani mantuvo la bandera de la pedagogía salvando su causa del naufragio general de ideas e instituciones. No prestigió un plan didáctico determinado, pero alentó la reforma de la educación por la formación y renovación científico-filosófica del educador. Al final, menos severo que en los comienzos, impugnó, sí, la omnipotencia del método pero en función de una conciencia general pedagógica que sirviera de base y punto de partida de la didáctica.

En la historia de los estudios pedagógicos argentinos Mantovani es el representativo de la filosofía de la educación, de una filosofía de la educación que fue desenvolviéndose con el análisis educativo de los pensadores de la actualidad y la incorporación de los grandes temas sociales y políticos de la educación que estaban un tanto olvidados en sus primeras producciones. *La educación y sus tres problemas*, cuya primera edición data de 1943, es el libro más representativo, sistemático y vigoroso de su vasta producción. *Educación y plenitud humana*, de 1933, su primera obra, revela sesudas lecturas y la dirección general de sus preocupaciones, pero constituye una preparación provisoria de trabajos como *La educación y sus tres problemas*, en que se destaca sobresalientemente la personalidad erudita del filósofo de la educación.

La educación es un carácter de la existencia por lo que constituye uno de los principales problemas humanos. En *La educación y sus tres*

*problemas* repiensa el complejo educativo en sus aspectos teóricos y prácticos, tomando sus aspectos fundamentales: la idea del hombre (antropología filosófica) como problema previo de la educación; la idea del fin (teología educativa) como problema esencial de la educación; y la idea de los medios (metodología didáctica) como problema derivado de la educación.

Muchas influencias filosóficas se reconocen en la obra de Mantovani. "Muchas corrientes, muchas lecturas, muchos hombres influyeron sobre mí: Ortega y Gasset sobre todo. Las publicaciones de la *Revista de Occidente* que propagó en su tiempo, todo lo mejor que ofrecía la actividad cultural mundial." Los idealismos, la filosofía de la vida, la fenomenología, el historicismo son corrientes que estudia, comenta e interpreta desde el punto de vista de la educación. Pero para Mantovani la filosofía de la educación no es una filosofía dada; debe volcarse sobre los pensadores del tiempo actual y durable para fundar la pedagogía en postulados filosóficos. Buscará fundamentaciones en el estudio de filósofos que no se ocupan expresamente de educación, tal el caso de Alejandro Korn, a pesar de su epístola antipedagógica y de su afirmación acerca del carácter meramente técnico de la pedagogía. La pedagogía estudia la formación del hombre como vivir moral, como devenir, a fin de integrarlo en la sociedad y en la cultura. En la primera etapa Mantovani pone el acento en la pedagogía de la personalidad y de la libertad; luego amplía el esquema para incluir los fines de la integración social y cultural. Dewey aparece tarde en el pensar vivo de Mantovani.

Inclinado sobre los pensadores y sobre los acontecimientos, entonces, Mantovani da nuevo desarrollo a su propio pensar, según surge en *La crisis de la educación* (1957) donde busca el significado de los cambios de la cultura y de la sociedad, estudia el advenimiento de las nuevas situaciones para descubrir la proyección pedagógica de la crisis, y salvar por la educación la personalidad amenazada por las progresivas y aceleradas parcelaciones de la tecnología.

No hay reconstrucción sin reelaboración mental y pedagógica. Y es así como vimos a Mantovani, infatigable, en intentos constantes de reelaboración para avanzar con la idea integradora en los planos teórico y práctico de la pedagogía. Tal es la actitud de sus últimos años por lo que uno de los rasgos de su filosofar sobre educación (que en definitiva es la tendencia más sobresaliente de su filosofía de la educación) es la actitud abierta para seguir a una sociedad en cambios estructurales acelerados.

Como si dijéramos, menos dogmatizar con una filosofía de la educación, más liberalizar por un filosofar continuo sobre educación. Mantovani, testimonio de la crisis del 20 al 60, es una severa y vibrante conciencia pedagógica y filosófica aplicada a la reconstrucción educativa y humana en los avances sucesivos del pensamiento, de las situaciones cambiantes y de los hechos científicos y sociales nuevos. Con su actitud filosófica y capacidad para las distinciones reconstruye continuamente la unidad teórica de la pedagogía en un mundo dividido y en cambios tan continuos como sistemáticos. Preguntado recientemente si creía que su obra había logrado éxitos dijo, consecuente con sus propósitos y visión, que ya es un éxito contribuir a preparar las condiciones necesarias para que el tiempo y la maduración de las ideas haga posible la renovación de la escuela.

El elemento dominante en la obra de Mantovani es la filosofía de la educación, pero no se agotan en ella los intereses de su espíritu fecundo, y si bien discurre sobre temas de pedagogía teórica y práctica y de organización escolar, se proyectará más frecuentemente sobre los campos de la historia de la educación argentina y de nuestra política educacional. Entre los estudios para la historia de la educación nacional merecen citarse *Bachillerato y formación juvenil, Épocas y hombres de la educación argentina* y el escrito último sobre la educación en la evolución sesquicentenario del país. No pocos trabajos sobre política educacional pueden citarse, tal el *Proyecto de Reforma de la Enseñanza Media*, pero es necesario señalar su valiosa colaboración en *La Nación* como editorialista de temas educativos, porque en tales escritos de los años últimos, Mantovani, con espíritu de síntesis en equilibrio entre lo deseable y lo posible, vuelca sus ideas constructivas acerca de la organización de la enseñanza pública tan necesitada de reparaciones de los tejidos como de provisiones planificadas.

Planea en la obra de Mantovani nutrido espíritu humanista, liberal y laicista; no señala una ruptura con la tradición educativa sino una continuación, un anhelo de superación. Hombre de Mayo, Mantovani postula fundamentos para la educación democrática, y sarmientino de raza participará en las luchas y polémicas del lado del laicismo, nunca tan amenazado como en estos tiempos críticos y de socavamiento del liberalismo histórico. No tendrá compromisos con las tendencias nacionalistas que se manifiestan bajo forma totalitaria, sin que las lecturas de teóricos alemanes e italianos en los días de su formación, hayan podido torcer



sus convicciones democráticas ni debilitar la filosofía y religiosidad de la libertad que cual rica médula recorre toda su obra.

El último año dio a conocer trabajos sobre Sarmiento, figura señera de la intelectualidad pedagógica, y patrono laico de la educación de América, destacándose el escrito *La tarea de Sarmiento y su significación*, aparecido en la Revista *Universidades*. Para Mantovani como para Korn, Sarmiento es el representante más genial del positivismo argentino, mucho antes de haber leído a Renán y a Taine, sin que los libros de éstos hubieran podido agregar después algo fundamental a la posición ya hecha. Korn sostiene que Sarmiento y Alberdi profesaron un positivismo vernáculo sin haber leído a Comte, Littré y Spencer. Mantovani vuelve una y otra vez a lo largo de su vida, a las fuentes sarmientinas, cuyo positivismo aprecia en los valores durables y en las construcciones no superadas por ningún otro movimiento de ideas. Enfrentamos hoy problemas reconstructivos de la educación nacional con la intuición de que las corrientes post y antipositivistas no lograron todavía restituir la unidad y el vigor de la enseñanza pública. Mantovani tenía conciencia del problema y angustiosamente formulaba el planteamiento para seguir adelante, superando al mismo Sarmiento.

Mantovani es un gran teórico de la educación americana. En la Argentina su nombre marcará una etapa. Contra metodologismos estrechos, tecnologías avasallantes y parcialidades de psicologismos y sociologismos, los presentes errores, Mantovani sostuvo los derechos y las permanencias de la pedagogía. Esta es una de sus más valiosas contribuciones.

Fue un teórico de la educación y además un educador, con los rasgos caracterológicos de este tipo humano que si no tiene los éxitos instantáneos del hombre de acción ejerce más profunda y durable influencia sobre la sociedad. El educador es por sobre todas las cosas una actitud — actitud de educador — frente a los seres y a las cosas. La actitud del educador es un modo de esperar, muy semejante a la espera del agricultor después de la roturación y la siembra. La página última de *La educación y sus tres problemas* describe bellamente la actitud del educador, y sus palabras finales son como si haciendo hablar a la simiente, el germen, en plegaria pedagógica, expresara: "Represento un destino impreciso que debe ser alentado para cumplirse. Una voluntad indeterminada que debe seguir el cauce moral. No se me agobie toscamente, ni se me abandone".